



»dad á echarnos á vuestros piés. Mahomad La-
»go fué justamente echado del reino por su
»mucha soberbia con que trataba los pueblos,
»y por su mucha avaricia con que les quitaba
»lo suyo: á nos de comun consentimiento pu-
»sieron en su lugar y coronaron, por descender
»derechamente de la real y antigua alcuña y
»sangre de Granada, y ser legítimos herederos
»del reino, de que á tuerto y con gran tiranía
»nos tenía despojados. Hacemos ventaja en po-
»der y fuerzas á nuestro competidor; solamen-
»te á vos reconocemos y tenemos, con cuya fe-
»licidad y grandeza no nos pretendemos com-
»parar. Tenemos cierta esperanza que pues la
»justicia claramente está de nuestra parte, no
»dexaremos de hallar amparo en la sombra de
»un justo príncipe, y que los ruegos de un rey
»hallarán benigna cabida en la piedad de vues-
»tra real clemencia, mayormente que el segu-
»ro que se nos mandó dar, nos animó mucho
»é hizo ciertos que nuestra venida sería á nos
»dichosa y á vos grata. Parécenos que tenemos
»suficientísimo amparo en nuestra inocencia y
»justicia. Deseamos se entienda que vuestra
»prudencia la prueba, y vuestra poderosa é in-
»vencible mano la ampara.»

Á esto el rey de Castilla con engañoso y ri-
sueño rostro y blandas palabras respondió que
holgaba con su venida, que tuviese buena es-
peranza de que todo se haria bien, y puestos
los ojos en el rey, le dixo: «Este dia ni á vos
»ni á los vuestros os acarrearé algun daño.
»Entre nos hay todas las obligaciones de amis-
»tad, fuera de que no acostumbramos á traer
»guerra con la fortuna y desgracia de los hom-
»bres, sino con la soberbia y presuncion de
»los atrevidos y rebeldes.» Dicho esto, el maes-

tre de Santiago D. García de Toledo, llevó al
rey Moro á que cenase con él. Al tiempo que
cenaban, le echaron mano y le prendieron, sea
por mudarse repentinamente la voluntad, sea
por quitarse la máscara aquel desleal y cruel
príncipe. No paró aquí la desventura: dentro
de pocos dias el desdichado rey, adornado de
sus vestiduras reales, que eran de escarlata, y
subido en un asno con treinta y siete caballeros
de los suyos que tambien llevaban á executar,
le sacaron á un campo donde justician los mal-
hchores, que está cerca de la ciudad y se dice
de Tablada. Allí mataron al mal aconseja-
do rey y á los treinta y siete caballeros suyos.

Corrió fama que les causó la muerte las
grandes riquezas que truxeron, y que al ava-
rioso ánimo del rey se acodició á ellas. Refie-
ren otros algunos autores de aquel tiempo que
el mismo tirano y cruel rey le mató de un bo-
te de lanza: hecho feo, abominable, oficio de
verdugo, y crueldad que parece más grave y
terrible que la misma muerte. No consideró el
rey D. Pedro cuán aborrecible y odioso se ha-
cia, y lo que dél hablarían las gentes, no solo
entónces, sino mucho más en los siglos venide-
ros. Al tiempo que le hirió escriben que dixo
estas palabras: «Tomad el pago de las paces
»que por tu causa tan sin razon hice con el
»rey de Aragon.» Y que el Moro le respondió:
«Poca honra ganas, rey D. Pedro, en matar un
»rey rendido y que vino á ti debaxo de tu se-
»guro y palabra.» Envió el rey de Castilla el
cuerpo del rey Bermejo á su competidor Ma-
homad Lago, que á la hora recobrado el reino,
envió libres al rey D. Pedro todos los cristia-
nos que cautivaron los moros en la batalla de
Guadix.

CAPÍTULO II.

Renúvase la guerra de Aragon.—D. Pedro hace alianza con los reyes de Inglaterra y Navarra para hacer la guerra al de Aragon.—Entra en Aragon con un poderoso ejército, y toma varios pueblos.—Que D. Enrique fué alzado por rey de Castilla.—Desvanecidas las esperanzas de la paz, el rey de Castilla entra por Murcia, y pone sitio á Valencia.—Los reyes de Navarra y Aragon, y el conde D. Enrique hacen liga entre sí.—Que el rey D. Pedro fué echado de España.—Los dos reyes empiezan con gran porfia la contienda sobre el reino.—D. Pedro hace matar en Burgos á D. Juan Fernandez de Tovar.—De las guerras de Navarra.—Los reyes de Francia y de Aragon se conciertan en hacer guerra al de Navarra.—El de Navarra hace liga con el rey D. Pedro.—Que D. Enrique fué vencido junto á Nájara.—D. Pedro el Cruel pasa los Pirineos con grande ejército por los estados del rey de Navarra.—D. Enrique sale de Búrgos con su ejército en busca del enemigo, y los embajadores de Francia y algunos capitanes le aconsejan que no dé la batalla.—Del maestre de San Bernardo.—El maestre de San Bernardo es preso en la batalla de Nájara, y muerto por orden de D. Pedro.—Un arcediano le descomulga por orden del papa.—Que D. Enrique volvió á España.—D. Enrique se pasa á Francia á pedir socorros para recobrar el reino de Castilla.—Se le pasan muchos caballeros y personas principales de Castilla que habían sido hechos prisioneros en la batalla de Nájara.

Concluida la guerra de los moros, y dado
orden en las cosas de Andalucía, se volvió con
mayor coraje á la guerra de Aragon, aunque
con disimulacion fingia el de Castilla que los
apercebimientos que se hacian eran para de-
fenderse de la guerra que se temia de Francia,
cuyo autor y cabeza principal se decia ser el
conde D. Enrique. Trató de aliarse con el rey
de Inglaterra, que no esperaba hallaria buena
acogida en el rey de Francia, por entender no
estaria olvidado de la muerte de su sobrina la
reina doña Blanca, cuya venganza era de creer
querria hacer con las armas. Quiso asimismo
el rey de Castilla ayudarse del rey de Navarra,
y para tratar dello se vieron en la ciudad de
Soria: allí secretamente se conformaron contra
el rey de Aragon. No tenia el navarro causa
ninguna justa de romper con el aragones: para
hacer la guerra con algun color fingió y pu-
blicó que estaba agraviado dél, porque siendo
su cuñado y teniendo hecha con él alianza, no
le favoreció cuando le tuvo preso el rey de
Francia: que por esto no queria más su amis-
tad, antes pretendia con las armas tomar en-
mienda deste agravio.

Con esta resolusion juntó de su reino las

más gentes que pudo, y cercó en Aragon la
villa de Sos, que tomó al cabo de muchos dias
que la tuvo cercada. El rey de Castilla al tan-
to juntó un grueso ejército de diez mil caba-
llos y treinta mil infantes, con que entró podo-
rosamente en el reino de Aragon con intento de
poner cerco sobre Calatayud. Rindió en el ca-
mino la fortaleza y pueblo de Hariza, y tomó á
Ateca, Cetina y Alhama. Pasó adelante, y en el
mes de Junio asentó sus reales sobre Calata-
yud, que es una ciudad fuerte de la Celtibe-
ria. Tenia dentro de guarnicion mucha gente
valerosa, y muy leal al rey de Aragon. El mis-
mo, sabido el aprieto en que podian estar los
cercados, los envió desde Perpiñan y Barcelona,
donde aquellos dias se hallaba, al conde de
Osona, hijo de Bernardo de Cabrera, para que
él y D. Pedro de Luna y su hermano D. Artal
y otros caballeros procurasen entrar en la ciu-
dad, y animasen á los cercados y los que en-
viesen mientras se les enviaba algun socorro.
Encamináronse segun les era mandado, mas
como llegasen una noche al lugar de Mier-
des, que está junto á Calatayud, fue avise-
sado dello el rey D. Pedro: cargo de
bresalto sobre ellos, tomó el lugar á parti-



do, y á estos señores los llevó presos á sus reales.

Hallábase el rey de Aragon muy desapercibido; las paces tan recién hechas le hicieron descuidar. Visto, pues, que á deshora venia sobre él una guerra tan peligrosa, envió luégo á pedir su ayuda á Francia, y á rogar á D. Enrique y á D. Tello le viniesen á favorecer. Estos socorros se tardaban, la ciudad como no se pudiese más defender por ser muy combatida, y faltar á los cercados municiones y bastimentos, con licencia de su rey se rindieron al rey don Pedro en veintinueve dias de Agosto, salvas sus personas y haciendas, y con condicion que los vecinos quedasen libres y pacíficos en sus casas, como lo estaban cuando eran de Aragon. Tomada esta ciudad, dejó en ella el rey con buena gente de guerra por guarnicion al maestro de Santiago, y él se volvió á Sevilla. En esta ciudad ántes que fuese sobre Calatayud, tuvo córtes, en que públicamente afirmó que doña María de Padilla era su legítima mujer por haberse casado con ella clandestinamente mucho ántes que viniese á España la reina doña Blanca: que por esta razon nunca fuera verdadero el matrimonio que con la reina se hizo: que tuviera secreto este misterio hasta entónces por recelo de las parcialidades de los grandes; mas que al presente, por cumplir con su conciencia, y por amor de los hijos que en ella tenía lo declaraba. Mandó, pues, que á doña María de allí adelante la llamasen reina, y que su cuerpo fuese enterrado en los enterramientos de los reyes. No faltó aún entre los prelados quien predicase en favor de aquel matrimonio: adulacion perjudicial. Despues desto falleció en diez y siete de Octubre su hijo don Alonso, á quien pensaba dejar por heredero del reino.

El rey mismo, acosado por la memoria destas muertes y por los peligros en que andaba, en diez y ocho de Noviembre otorgó su testamento. En él mandaba que enterrasen su cuerpo con el hábito de San Francisco, y fuese puesto en una capilla que labraba en Sevilla, en medio de doña María de Padilla y de su hijo D. Alonso: como hombre pío y religioso pretendia con aquella ceremonia aplacar á la divina

Magestad. Deste testamento, que hoy parece autorizado y original, se colige que no dejó de tener algun temor de Dios y qualque memoria y sentimiento de las cosas de la otra vida, no obstante que aquel su natural le arrebatase muchas veces, y ayudado con la costumbre le hiciese desbaratar. En este testamento sucesivamente llama á la herencia del reino las hijas de doña María de Padilla, y despues dellas á D. Juan, el hijo que tuvo en doña Juana de Castro, como quier que no fuese compatible que todos pudiesen ser herederos legítimos del reino. De donde bien al cierto se infiere que la declaracion del casamiento con doña María no fué otra cosa sino una ficcion y una mal trazada maraña, como de hombre que (mal pecado) no tenía cuenta con la razon y justicia, sino que se dejaba vencer de su antojo y desordenado apetito, y queria hacer por fuerza lo que era su gusto y voluntad.

Presentó el rey en aquellas Córtes por testigos de su casamiento, unos hombres por cierto sin tacha ni sospecha, mayores de toda excepcion, á D. Diego Garcia de Padilla, maestro de Calatrava, y á Juan Fernandez de Hinestrosa; el primero hermano, y el segundo tio de la doña María, y á un Juan Alfonso de Mayorga, y á otro Juan Perez, clérigo, que con grandes juramentos atestiguaban por el matrimonio. ¿Quién no diera crédito á testimonios tan calificadas en una causa en que no iba más de la sucesion y herencia de los reinos de Leon y de Castilla? Mandaba en una cláusula del testamento ya dicho, que ninguna de sus hijas, so pena de su maldicion y de la privacion de la herencia del reino, se casase con el infante don Fernando de Aragon, ni con D. Enrique, ni con D. Tello, sus hermanos, sino que su hija mayor doña Beatriz casase con D. Fernando, principe de Portugal, y llevase en dote los reinos de Castilla; señaló y nombró por gobernador y tutor á D. Garci Alvarez de Toledo, maestro de Santiago: encargaba otrosi, y mandaba, que á D. Diego de Padilla, maestro de Calatrava, y á D. Suero Martinez, maestro de Alcántara, los mantuviesen y conservasen en sus honras, oficios y dignidades.

Ordenadas las cosas de su casa, y asentado



el estado del reino, en el corazon del invierno y principio del año de mil trescientos sesenta y tres, se reparó y rehizo la guerra con grande priesa y calor: tan codicioso estaba el rey de Castilla de vengarse del aragonés. Alistó nuevas compañías de soldados por todo el reino, envió á pedir ayudas fuera dél, y en particular se confederó con el rey de Inglaterra y con su hijo el príncipe de Gales. El primer nublado desta guerra descargó sobre Maluenda, Aranda y Borgia, que con otros pueblos de menor importancia sin tardanza fueron tomados: puso otrosi cerco á la ciudad de Tarazona. Por otra parte, el rey de Navarra entró en Aragon por cerca de Egea y Tiermas; extragó, asoló y robó los campos y labranzas de aquella comarca: puso gran miedo en todos aquellos pueblos y cuita con los grandes daños que les hizo; en especial se señaló la crueldad de los soldados castellanos que llevaba.

Vinieron á servir en esta guerra al rey de Castilla D. Luis, hermano del rey de Navarra, acompañado de gente muy escogida y lucida, y D. Gil Fernandez de Carvallo, maestro de Santiago en Portugal, con trescientos caballos, y otros señores de Francia. El rey de Aragon envió á rogar al rey moro de Granada, que diese guerra en el Andalucía; no lo quiso hacer el Moro por guardar fielmente la amistad que tenía puesta con el rey D. Pedro, y mostrarse agradecido de la buena obra que dél acababa de recibir. Solicitó eso mismo el Aragonés; lso moros de África á que pasasen en su ayuda, sin tener ningun cuidado de su honra y fama: excusábase con que el rey de Castilla tenía en su ejército á Farax Redruan, capitán de seiscientos jinetes, que por mandado de Mahomad Lago, rey de Granada, le servian. Esperaban cada dia en Aragon á D. Enrique, que venia en su socorro acompañado de tres mil lanzas francesas; sin embargo, las fuerzas del rey de Aragon no se igualaban en gran parte con las de Castilla; así se le rindieron Tarazona y Teruel, y por otra parte Segorve y Egerica, y gran número de villas y castillos de menor cuenta. No tenían fuerzas que bastasen á resistir la fuerza y poder de los castellanos, que entraron victoriosos, y llegaron con sus banderas á lo más

interior del reino. Cercaron á Monviedro, y le forzaron á que se diese á partido: en veinte de Julio llegaron á dar vista á Valencia, y se pusieron sobre ella. Causó esto gran miedo á todo Aragon, y se tuvieron de todo punto por perdidos.

Estaba á este tiempo muy falto de gente el ejército de Castilla por las muchas guarniciones y presidios que dejaron en tantos pueblos como á la sazón se conquistaron; dió la vida al rey de Aragon D. Enrique, que en esta coyuntura llegó á España, y con su venida se reforzó tanto el ejército, que pudo hacer rostro á su enemigo; mas él, por no aventurar todas sus victorias y lo que tenía ganado en el trance de una batalla, levantó su real de sobre Valencia y retiróse á Monviedro, como á plaza fuerte, para desde allí proseguir la guerra. El aragonés, visto que no podia forzar al enemigo á que diese la batalla, tornóse á Burriana, que es un lugar fuerte que está cerca de allí en los Edeitanos. Dos mil jinetes que envió el rey de Castilla en su seguimiento para que le estorbasen el camino, no hicieron cosa de momento.

Mientras esto pasaba en España, el rey de Francia Juan, en Lóndres, dos meses ántes desto falleció, donde era ido á rescatar los rehenes que allá dejó cuando le soltaron de la prision. Trajeron su cuerpo á la ciudad de Paris, que llevaron en hombros los odores del parlamento para le enterrar en el monasterio de San Dionisio. Su hijo Carlos V deste nombre, conforme á las costumbres y uso antiguo de Francia, fué ungido y recibido por rey en la ciudad de Rems. El nuevo rey Carlos queria mal al de Navarra, teniale guardado el enojo por los desabrimientos que de ántes entre ellos pasaron. Para vengarse, luégo que tomó la posesion del reino, despachó contra él un famoso y valiente capitán suyo, natural de la Menor Bretaña, llamado Beltran Claquin, que despues hizo cosas muy señaladas en las guerras de Castilla. Este caudillo, en las tierras que el rey de Navarra tenía en Francia hizo cruel guerra, y con ardid de que usó le tomó en Normandía la villa de Mante, y otros capitanes ganaron la villa y Castillo de Meulan y á Longavilla, y el mismo Beltran venció y desbarató en una ba-



talla á D. Philipe, hermano del rey de Navarra, que murió por estos dias.

Por su muerte el navarro se inclinó á tratar de hacer paces entre los reyes de España; demas que le pesaba del peligro y malos sucesos del rey de Aragon, que, en fin, era su pariente, y fueron ántes amigos y aliados; por el contrario, le era odiosa la prosperidad del rey de Castilla, y sus hechos y modos de proceder eran muy cansados y desagradables. De consentimiento, pues, de los reyes D. Luis, hermano del rey de Navarra, juntamente con el abad de Fiscan, que era nuncio apostólico, fueron á hablar al rey de Castilla, con quien hallaron al conde de Denia y Bernardo de Cabrera, que eran venidos con embajada del rey de Aragon para echar á un cabo y concluir sus diferencias. Con la intercesion destes señores parece que el fiero corazon del rey comenzó á ablandarse, especialmente con el trato que movieron de dos casamientos, el uno del rey de Castilla con doña Juana, hija del rey de Aragon, el otro del infante D. Juan, duque de Girona, con doña Beatriz, hija mayor del rey D. Pedro.

Esto pasaba en lo público: de secreto se procuraba la destruicion de D. Enrique, conde de Trastamara, y del infante D. Fernando de Aragon, como de los principales autores de las discordias de los dos reinos. El rey de Castilla pretendia esto muy ahincadamente, el de Aragon todavía extrañaba este trato; parecia hecho atroz y feisimo matar á estos caballeros sin nueva culpa ni ocasion, que estaban debajo de su seguro y palabra; no queria comprar la paz con el precio de la sangre de aquéllos que dél hacian confianza. Todavía, ora fuese por esta causa de complacer al de Castilla, ora por otra, el infante D. Fernando, por mandado del rey su hermano, fué muerto en esta sazón en Castellon, un pueblo que está cerca de Burriana. Los antiguos odios estaban ya maduros, demas que trataba entónces de pasarse en Francia con una buena compañía de soldados castellanos que seguian su bando y amistad. Huíase su mujer á Portugal; fué detenida primero y presa en el camino, despues enviada al rey su padre. Con la muerte del infante D. Fernando quedó el conde D. Enrique libre y desembara-

zado de un grandísimo émulo y competidor para la pretension del reino de Castilla.

Poco faltó que no se le añublase aquel contento; otro dia, despues de la muerte de don Fernando, sin saberlo él, corrió gran riesgo su vida. Los reyes de Aragon y Navarra tenian concertado que, juntamente con D. Dnrique, se viesen en el castillo de Uncastel, que era de Aragon, en la raya de Navarra, y que allí le matasen. Recelóse el conde, puesto que no sabia nada destes tratos, de entrar en aquella fortaleza; para aseguralle la pusieron en poder de Juan Ramirez de Arellano, que para esto nombraron por alcaide de aquella fortaleza, y era natural de Navarra. Quién dice que esta habla de los reyes fué en Sos, á la raya de Navarra. Hizo confianza D. Enrique de aquel caballero, que debia ser buen cristiano, y entró debajo de su seguro; no le valió este recato ménos que la vida, á causa que los reyes nunca pudieron acabar con el alcaide que permitiese se le hiciese ningun daño.

Decia que el conde D. Enrique era su amigo, y fió su vida de la palabra y seguridad que le dió, que por cosa de las del mundo él no mancharia su linaje con infamia de semejante traicion, ni consentiria alevosamente la muerte de un tan gran príncipe. Cosa verdaderamente de milagro, que en un tiempo en que los corazones de los hombres se mostraban con tantas muertes encruelecidos y fieros, hobiese quien hiciese diferencia entre lealtad y traicion: grandísima maravilla, que un hombre extranjero tuviese tan grande constancia que se opusiese á la voluntad y determinacion de dos reyes, y más que era camarero del aragones; la verdad es que Dios, á quien los hombres no pueden engañar ni impedir sus decretos, tenía ya determinado de dar al conde el reino de su hermano, y quitarle al que con tantas crueldades le tenía desmerecido. Por este tiempo, en el mes de Agosto, en Catania de Sicilia dió fin á sus dias la reina de Sicilia doña Constanza. Dejó una hija, llamada doña María, heredera que fué adelante del reino de su padre, y por ella su marido D. Martin, hijo de otro D. Martin, duque de Momblanc, y últimamente rey de Aragon. Resfriado el calor con que se trataban las



paces, y perdida gran parte de la esperanza que de conclullas se tenía, el rey de Aragon se fué á Cataluña á procurar nuevos socorros para defenderse; el rey de Castilla á Sevilla con tanta codicia de renovar la guerra que en el fin del año entró por Múrcia en el reino de Valencia, y unas por combate y otras á partido ganó las villas de Alicante, Muela, Caloso, Denia, Gandía y Oliva. Pasó tan adelante, que en el mes de Diciembre puso cerco á la ciudad de Valencia, cabecera de aquel reino. Esto causó en toda la provincia un miedo grandísimo; en especial al rey, á quien tenía esta guerra puesto en gran cuidado, que á la sazón tuvo las Pascuas de Navidad en la ciudad de Lérida. Poco despues se vió con el de Navarra en la fortaleza de Sos, en veintitres dias del mes de Febrero, año de nuestra salvacion de mil y trescientos y sesenta y cuatro. Hallóse presente el conde D. Enrique, reconciliado con los reyes, ó lo que yo tengo por más cierto, porque no sabia el peligro en que estuvo en las vistas pasadas. Hizose liga entre ellos, y amistades no más duraderas que otras veces; presto se desavernán y serán enemigos. Pensaban si venciesen, repartirse entre sí á Castilla, como presa y despojo de la victoria.

D. Enrique tenía concebida esperanza de apoderarse de las riquezas y reino de su hermano, y el haberse escapado de tantos peligros le parecia á él que era dello cierto presagio y prenda, como si hobiera ganado una grandísima victoria; finalmente, su juego se entablaba bien, y mejor que el de sus contrarios. En el repartimiento de Castilla daban al rey de Navarra á Vizcaya y á Castilla la Vieja; el reino de Múrcia y de Toledo tomaba para sí el rey de Aragon; que es cosa muy fácil ser liberal de hacienda ajena. Sólo á Bernardo de Cabrera no contentaban estos pretensos; parecia que con ellos no se granjearia más de irritar y echarse á cuestras las fuerzas y armas de Castilla, más poderosas que las de Aragon, como los sucesos de las guerras pasadas bastantemente lo mostraban.

Tratóse entre estos príncipes de matar al dicho Bernardo de Cabrera; plática que no estuvo tan secreta que primero que lo pudiesen

efectuar no viniese á su noticia, y de Almudevar, donde esto se ordenaba, se huyese á Navarra; siguiéronle por mandado de D. Enrique algunos capitanes de á caballo de los suyos, alcanzáronle en Carcastillo, y preso, le tuvieron en buena guarda hasta que despues en ciertos conciertos fué entregado al rey de Aragon, que estaba muy ansiado por el cerco de la ciudad de Valencia, sin saber en lo que pararia. Con este cuidado juntó todo su ejército para ir á descercar, con ánimo de dar la batalla al enemigo. Partió de Burriana con su campo, y llegado á vista de los enemigos, les presentó la batalla; excusóla el rey de Castilla; no se sabe por qué no se atrevió á venir á las manos con los aragoneses. Ellos, visto que los castellanos se estaban quedos dentro de sus reales, con grande honra suya y afrenta de los enemigos en veintiocho de Abril entraron como victoriosos en la ciudad de Valencia.

La armada de Castilla, que era muy poderosa, de veinticuatro galeras y de cuarenta y seis navíos, dado que hobo un tiento á los pueblos de aquella costa, aportó á Monviedro. Allí se supo de las espías que el visconde de Cardona tenía en el río de Cullera diez y siete galeras aragonesas. El rey de Castilla tenía gran deseo de tomarlas, y parecia que le sería cosa fácil por estar en parte que no se le podrian escapar: sacó su armada y con gran presteza cercó la boca del río. Cargó repentinamente el tiempo y sobrevino una furiosa tempestad que le forzó volverse á su puerto por no ponerse á riesgo de correr fortuna, ó de dar al traves en aquella ribera. Vióse el rey este dia en grandísimo peligro de perderse: así luego que saltó en tierra, fué en romería á la casa de Nuestra Señora Santa María de Puch á dar gracias á Nuestro Señor de haberle librado de las ondas del mar, y de las manos de sus enemigos que de la ribera esperaban por momentos cuando alguna grupada se le entregaria. Dícese que hizo esta romería á pié, descalzo, en camisa y con una soga á la garganta; que de su natural no era tan sin piedad ni tan indevoto, si no hiciera las cosas tan sin orden y sin justicia.

Con esto se volvieron los reyes, el de Ara-